

que venía cojeando; me he sumido en el lodo hasta las rodillas.

—Y yo estoy empápado.

—Y yo arañado de la cara.

—Pero no nos robaron.

—Nos libró Castaños, dijo el pollo que no desperdiciaba ocasión para provocarlo.

—¿Cuántos mató Castaños? preguntó ingenuamente la polla que tenía más fé en este tirador.

Una risa general acogió esta pregunta.

La animación reinó entre los pasajeros al verse completamente libres de todo peligro, y poco tiempo tardaron en llegar á la hacienda, adonde los esperaban muy diversas y no menos notables impresiones.



CAPÍTULO VII.

EL RECIBIMIENTO.

AL aproximarse la comitiva como á unos doscientos pasos de la finca, rompieron el aire los ecos de una música de viento, que si bien hubiera podido tener más armonía, no por eso era menos estrepitosa, especialmente por lo tocante al que golpeaba la tambora, pues su entusiasmo excedía con mucho á todos los *fortísimos* de la pauta; de manera que el buey que estacó su piel en aras de Eu-

terpe no recibió jamás golpes póstumos menos merecidos.

Frente á la casa de la hacienda había haces de leña ardiendo, que despedían una luz intensa así como un humo insoportable.

Había como hasta quinientas personas frente á la casa, de entre las cuales se elevaban cohetes en todas direcciones poblando el aire de chispas y atronándolo con sus inofensivas detonaciones.

Eran aquellas gentes, casi en su totalidad, peones de las haciendas inmediatas y vecinos de todos los contornos, que, sabedores del magnífico recibimiento que se preparaba allí al dueño de la *hacienda grande*, habían acudido con sus golosinas y sus comestibles, improvisando una especie de feria.

Un acontecimiento de esta especie entre la gente del campo atrae, hasta de muchas leguas en contorno, á los habitantes, deseosos de interrumpir la monotonía de su vida con cualquier pretexto.

Los coches surcaron en aquel *maremagnum*, y los viajeros fueron recibidos con

más pompa y aparato de lo que podían esperarse á aquellas horas y después de los chubascos y de todos los contratiempos del camino.

Desde el lance de la barranca, Salomé había sido colocada en uno de los carros de equipajes y custodiada constantemente por dos de los criados, quienes al llegar no le permitieron apearse, sinó que inmóviles esperaron las órdenes de Carlos con respecto á la presa.

El dueño de aquella hacienda se llamaba D. Homobono Pérez, cuyo aspecto respiraba bonhomía, salud y jovialidad.

Sería un hombre como de sesenta años que conservaba aún la rubicundez de sus mejillas y de su grueso cuello, todos sus dientes y el mejor humor del mundo.

—¡Mi señor don Carlitos, amigo y señor mío! pase su mercé á lo regado.

—¡Señor don Homobono!

—Señoritas, ¿cómo va de susto?

—Muertas de miedo, contestaron algunas.

—Pero no hay cuidado; á tiempo mandé á los muchachos y aún no han vuelto; pero estoy seguro de que pillarán á algunos.

Todos fueron saludando á don Homobono que tuvo para cada uno un cumplimento ó una palabra de franqueza y jovialidad.

—Pues si á ustedes les parece, dijo don Homobono, que hablaba tan alto como doña Refugio; si á ustedes les parece, pasaremos á la sala para que descansen un poco, enseguida les haré conocer mi programa.

—¡A ver el programa! dijeron varios.

—No, en la sala; vamos á la sala.

Efectivamente, los huéspedes tomaron posesión de una sala como de catorce varas amueblada con canapés con fundas de indiana, algunas rinconeras, nichos antiguos y varias pinturas de santos, alternando con una media docena de litografías iluminadas representando la vida de Atala y de René; otras dos litografías en que se veía á Robinsón; un retrato de Iturbide y una Virgen de Guadalupe.

La sala estaba enladrillada y sólo á los

piés de las sillas y de los canapés había largas tiras de alfombra con labor de arco-iris.

Tan luego como se hubieron sentado los concurrentes, don Homobono tomó la palabra.

—Conque.... señores, he aquí mi programa. Tan luego como hayan ustedes descansado, pasaremos al comedor á tomar alguna cosa.

—Aprobado, dijo Castaños, porque el susto nos ha preparado el estómago.

—Continúo, dijo don Homobono.

—¡Silencio! gritó Santibañez, el señor don Homobono va á decir la segunda parte del programa.

—Después de cenar, dijo don Homobono, pasaremos al circo.

—¿Al circo? dijo Carlos.

—Sí, señor; pasaba por aquí una compañía á la que dí alojamiento anoche á condición de organizar una función, que tengo el gusto de dedicar á ustedes.

—¡Bravo! buenísimo! dijeron casi todos los concurrentes.

— Puesto que está aprobado el programa, pasemos al comedor.

Todos se levantaron para conducir á las señoras, pero Carlos se acercó á don Homobono.

—Perdone usted, amigo mío; pero tenemos que cumplir antes con un deber.

—Estoy para que usted me mande, señor don Carlitos.

—¿Cuál es la autoridad más inmediata?

—La autoridad.... vea usted, señor don Carlitos, en estos momentos están aquí el alcalde, el juez de San Sebastián, el presidente del ayuntamiento y algunas otras autoridades, así del distrito como de algunos partidos; de manera que en materia de autoridades estamos bien.

—Pues es el caso, que traemos una presa.

—¡Oiga!

—Sí; en mi concepto, y en el de las demás personas que nos acompañan, la mujer que traemos es una espía de los ladrones, ó por lo menos está en connivencia con ellos.

—¿Cómo es eso, señor don Carlitos?

—A la hora del asalto ha hablado con uno de ellos.

—Pues eso es muy bueno, señor don Carlitos; ¿y en dónde está esa mujer?

—En el segundo de los carros de equipaje, custodiada por dos muchachos.

—Bien, muy bien hecho, pues ya tenemos la pista; sería bueno hacerla bajar y que la conduzcan aquí; tengo en la casa una pieza que le servirá de carcel provisionalmente, mientras mandamos llamar á la autoridad competente.

Carlos llamó á uno de sus criados y le dió orden de conducir á Salomé al patio de la hacienda y encerrarla en el cuarto que debía servirle de prisión.

Esta orden, aun cuando fué dada con cierta reserva, circuló como una noticia alarmante entre la gente que estaba formando el tianguis en la plaza, al frente de la casa de la hacienda, y toda la peonada y multitud de curiosos afluyeron de todas partes á rodear el carro donde, según todos

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTREUX, SUISA

decían, venía una ladrona cogida en el asalto de la barranca.

Cestó trabajo á los mozos que custodiaban á Salomé, atravesar la compacta multitud que murmuraba:

—¡La ladrona, la ladrona! ¡ya van á encerrar á la ladrona!

—Era la espía.

—Dicen que por ella robaron á los amos.

Salomé fué conducida á su calabozo, siendo el objeto de las miradas y de las burlas de la plebe, y fué tal su angustia al considerarse complicada en aquel feo asunto, que en vano pretendió la desgraciada levantar la voz para defenderse. Salomé no podía hablar, la vergüenza y la pesadumbre la agobiaban de tal modo, que fué preciso ayudarla á andar, porque sin cesar desfallecía sintiendo que la abandonaban sus fuerzas.

Cuando Salomé se vió sola, se entregó de lleno á su dolor.

A pesar de haber llorado tanto en su vida, hacía mucho tiempo que su amargura no era tan desgarradora.

Entretanto los convidados gozaban alegremente de la cena, cuyos honores hacía don Homobono admirablemente.

El *menú* de aquella cena de hacienda era el siguiente:

«Cabritos asados.

Pollos fritos en manteca.

Ensaladas.

Arroz á la valenciana.

Mole de cecina.

Salsas picantes de chile verde y de chile colorado, etc, etc.»

Hasta seis peones de los más limpios, iban y venían en incesante movimiento, ministrando tortillas calientes á los convidados, circunstancia que es de rigor en comidas de esa especie.

Todos aquellos manjares debían regarlos los convidados, con algunas botellas de vino Burdeos y algunos licores extranjeros, y sobre todo, té y café, bebidas en cuya confección la gente de aquella cocina no estaba muy diestra.

Castaños objetó que el *mole* de cecina no

debía tomarse con cubierto, sino haciendo por medio de cucuruchos de tortilla, una exacta imitación de las cucharas de Moctezuma.

No faltaron pollos y pollas que, á pesar de ser mexicanos, hicieran exajerados aspavientos, al tratarse de comer chile picante, debido á que las costumbres francesas habían logrado poner ya á aquellos mexicanos inconocibles.

Don Homobono, en su calidad de anfitrión, hizo los honores de la mesa con franca urbanidad.

Ya en uno de los corrales de la casa la compañía de cirqueros había improvisado un circo, y multitud de gente estaba colocada en los andamios que servían de asientos.

Aquellos maromeros eran precisamente los compadres que se robaron á Gabriel: las partes secundarias habían sido sustituidas con otros individuos, pero el payaso y el director eran los mismos.

También existía la niña compañera de

Gabriel, y de quien el director y el payaso habían logrado hacer ya una notabilidad ecuestre.

El payaso se llamaba Melquiades Ramos; desde muy niño fué afecto á hacer suertes, y su primer oficio fué el de rebocero; pero próximo á contraer nupcias con una joven *empuntadora*, recibió Melquiades las mas estupendas é inmotivadas calabazas, de cuyas resultas enfermó, y en su convalecencia mitigaba sus pesares con la música; comenzó recitando versos que aprendía de memoria, y después componía canciones y las cantaba.

Una de sus canciones favoritas, tenía por letra la siguiente cuarteta:

Ya va saliendo la luna
Y un lucero la acompaña;
¡Qué triste se pone un hombre
Cuando una mujer lo engaña!

El espíritu de Melquiades encontraba cierto consuelo triste en cantar versos que encerraban un fondo de amargura y desencanto.

Poco á poco su carácter se inclinó al sarcasmo, y en medio de sus expansiones y de su alegría se podía notar siempre en Melquiades algo profundamente amargo.

Melquiades, como poeta, tenía esa salática peculiar de los mexicanos: su metro favorito era la sextilla, siendo de notar que en todas ellas había entre los primeros versos y los últimos cierta incoherencia inimitable que encerraba toda la gracia, y en lo general toda la intención malévola del poeta.

Esta clase de versos es característica de la plebe de México, y por cierto que entre ellos hay pensamientos de notable mérito y de una malicia de lo mas picaresco que se conoce.

Pasaron las señoras y los caballeros al corral, en donde sobre una azotea baja se les había improvisado un palco.

Alumbraban el circo algunos hachones, que consistían en una media esfera formada de aros de fierro sobre un pié derecho, conteniendo un haz de astillas de ocote.

La música saludó á los recién llegados, y

empezó la función con una arenga del payaso.

—Echo de menos aquí á doña Refugio, dijo Castaños en voz bastante perceptible.

—Hay más, dijo Anita, han desaparecido el señor don Carlos y D. Homobono Pérez.

—¿Si estarán ocupándose del negocio de la ladrona?

—Probablemente.

—¡Pobre mujer! exclamó una señora.

—¡Pobres de nosotros! dijo un pollo, porque bien pudo habernos tocado una bala de esos bandidos.

—Ya se vé, continuó Castaños, como que á mí me pasaron cerca: las oí silbar como pajaritos.

—¡Ay, qué horror!

Aquellas señoras tenían razón: efectivamente doña Refugio se estaba ocupando de la ladrona, según la llamaban todos.

Cuando se levantaron de la mesa los convidados, doña Refugio recibió un recado de parte de Salomé.

Doña Refugio no podía comunicarse con

la presa sinó con la intervención de don Homobono, quien para servir eficazmente á Carlos había convocado ya al juez y á algunas de las autoridades que allí se encontraban; de manera que todos reunidos en el cuarto de despacho de don Homobono mandaron comparecer allí á la presa.



CAPÍTULO VIII.

EL PROCESO.

SALOMÉ había caído en la atonía del dolor; sus pasos eran inseguros y vacilantes, y había necesidad de ayudarla á andar.

Al fin se presentó en la puerta, custodiada por dos celadores que habían relevado ya á los criados de Carlos.

Estaban sentados alrededor de una mesa cubierta con carpeta de bayeta verde, hasta cuatro leguleyos.

—Escriba usted, dijo uno, dándole la pluma á su vecino.